

EL IMPACTO DE LA CRISIS EN MÉXICO

El desplome y el despertar post-crisis

por Emmanuelle Steels

“México ya superó la crisis”. El gobierno mexicano no ha desaprovechado una ocasión de propagar esta idea a lo largo de los últimos meses. Abruptamente, se pretendía zanjar así las tergiversaciones entorno a la situación económica de México, el país de América Latina más golpeado por la tormenta financiera.

Aunque el optimismo del gobierno encuentra una base sólida en los datos arrojados al tercer trimestre del año 2009, cuando el crecimiento dejó de ser negativo para alzarse al 2,93 % en relación con el trimestre anterior, las opiniones de las instituciones internacionales y de algunos expertos extranjeros que tienen autoridad en la materia no dejan de ser críticas en cuanto al manejo de la crisis en México y a las perspectivas de recuperación.

En su informe titulado *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2009*, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) señala que México había desaprovechado oportunidades para contener la recesión y había tenido el peor desempeño económico de América Latina, al registrar un crecimiento negativo interanual de más de 7 % en 2009, cuando el promedio regional se limitaría a una recesión de 1,8 %. En otro informe, *Panorama Económico Mundial 2009*, elaborado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), de la cual México forma parte, se subraya que el desempleo seguirá extendiéndose en 2010. Además, pronostica que el país tendrá que esperar hasta el 2012 para recuperar el nivel de actividad económica que tenía antes de la crisis.

Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía 2001, declaró en noviembre del 2009 que México era uno de los países del mundo que peor había reaccionado frente a la crisis, al contrario de Australia y Brasil, que supieron enfrentar la adversidad. “México reaccionó de manera tardía y débilmente” acusó el prestigioso economista estadounidense.

Curiosamente, ahora, el gobierno mexicano se apresura en proclamar el fin de la recesión, aunque nunca reconoció su existencia. “No pasará de ser un catarrito” o “Nadie tendrá que apretarse el cinturón” son algunas de las afirmaciones disparatadas que valieron a sus autores respectivos, Agustín Carstens, en aquel momento Secretario de Hacienda, y el Presidente Felipe Calderón, una avalancha de caricaturas en la prensa. Desde el principio, las autoridades trataron de “tapar el sol con un dedo” como suelen decir los mexicanos.

La recuperación de la economía estadounidense debería repercutir favorablemente sobre la situación en México. Los pronósticos, tanto por parte de las instituciones internacionales como de las autoridades económicas mexicanas, convergen para decir que el PIB subirá en México alrededor del 3 % en 2010. La cifra es positiva, pero la base de comparación es baja. En efecto, las caídas del Producto Interior Bruto (PIB) fueron vertiginosas en el 2009, sobre todo durante los dos primeros trimestres.

En estas circunstancias adversas, el presidente Calderón realizó una demostración de fuerza a principios de diciembre, llevando a cabo una especie de “golpe” en la cúpula económica del país. Nombró como nuevo gobernador del Banco de México a Agustín Carstens, su fiel Secretario de Hacienda. La maniobra no tenía otro objetivo que deshacerse del incómodo Guillermo Ortiz, cuyo nombramiento al frente del Banxico¹ era una herencia del PRI. Así, Calderón dejaba asentada su intención de romper con la histórica autonomía del Banco de México, una institución que encarna el equilibrio en materia económica, una especie de contrapeso tradicional a la visión de corto plazo que trata de imponer el titular de turno de Los Pinos (residencia del presidente de México).

¹ Banxico es una abreviación de Banco de México

Al frente de la Secretaría de Hacienda, en sustitución de Carstens, Calderón colocó a un amigo muy cercano, Ernesto Cordero, un hombre de perfil bajo que, como señalaron los comentaristas de la prensa, no es economista ni cuenta con el reconocimiento internacional que requiere el puesto. Joven promesa del Partido de Acción Nacional, la derecha mexicana en el poder, Cordero ocupó los dos últimos años el cargo de Secretario de Desarrollo Social. Su logro en este periodo: alrededor de diez millones de mexicanos cayeron en la pobreza.

Una por una, se desmoronan las fuentes de ingreso de divisas

En México, las exportaciones representan 35 % del PIB. Si este pilar de la economía mexicana se desploma, no es de extrañar que todo el sistema se vea afectado. En los diez primeros meses del 2009, las exportaciones se contrajeron en 26,9 % respecto al mismo periodo del año anterior y la balanza comercial acumuló un déficit de más de 4 mil millones de dólares.

Los ingresos petroleros constituyen por sí solo casi el 40 % de los recursos captados por el Estado y son fundamentales para la gestión del gasto público. Pero se redujeron tanto el volumen de las exportaciones petroleras como el valor de estas, al caer los precios internacionales del petróleo. En octubre del 2008, la mezcla mexicana se cotizaba todavía en 95,8 dólares por barril. Pero, en el espacio de un año, registró una caída del 46,4 %, llegando a los 51,3 dólares por barril en el último mes de octubre. Al mismo tiempo, la producción de crudo disminuyó un 7,3 % y las exportaciones petroleras bajaron un 12,7 %. En consecuencia, los ingresos provenientes del petróleo se han reducido en 28 % en 2009, y el país pasó a ser el cuarto abastecedor de Estados Unidos cuando en 2007 ocupaba todavía la segunda posición en esta lista después de Canadá. Pero la Secretaría de Hacienda explicó que estas pérdidas están parcialmente compensadas por los seguros petroleros contratados por el gobierno mexicano en julio de 2008, cuando los precios del petróleo estaban en su máximo nivel, para blindarse frente a una previsible caída de la producción: así, se garantizó un precio de venta de 70 dólares el barril, cubriendo el 70 % de la producción.

La alta dependencia petrolera demostrada por México y el declive de los ingresos provenientes de esta fuente fueron los argumentos en los que se basaron las agencias calificadoras Fitch Ratings y Standard and Poor's para bajar la calificación crediticia de México de BBB+ a BBB, sembrando el nerviosismo en las esferas gubernamentales (esta nota evalúa la solvencia de un país y condiciona los tipos de interés aplicados).

La CEPAL considera que el país debería beneficiarse indirectamente de la depreciación del peso mexicano en 2008 y 2009. Esto permitiría que los productos mexicanos sean más competitivos en los mercados internacionales, propiciando, por lo tanto, un aumento de las exportaciones. Sin embargo, este fenómeno no se ha observado hasta ahora debido a una caída generalizada del comercio a escala mundial.

Las remesas, la segunda fuente de ingreso de divisas, también se han derrumbado. Durante doce meses consecutivos, las cantidades de dinero enviadas por los migrantes residentes en Estados Unidos a sus familias en México no han hecho más que menguarse. En octubre 2009, las remesas descendieron estrepitosamente de 35,8 % respecto al mismo mes del año pasado. El 40 % de los beneficiarios de las remesas en México pertenecen a los estratos más pobres de la población y podrían caer en la pobreza extrema si dejan de recibir estos fondos, aunque el 42 % de los hogares receptores de estos recursos son de la clase media.

Se habla, incluso, de "remesas al revés": ahora son los que se han quedado en México que se ven obligados a mandar dinero a su familiar en Estados Unidos para apoyarle económicamente cuando este ha perdido su empleo por culpa de la crisis. En cuanto a los flujos migratorios propiamente dicho, no se han producido los retornos masivos de migrantes mexicanos instalados en Estados Unidos. Sin embargo, se ha frenado el éxodo hacia el país del norte a medida que la crisis iba desalentando a los candidatos a cruzar la frontera.

Finalmente, el turismo, uno de los motores de la economía mexicana, atravesó un fuerte bache en 2009. Después de un periodo negro que hizo coincidir la crisis mundial con la alerta sanitaria por la epidemia de influenza, se espera que el sector se recupere plenamente. Para 2009, la caída en el número de visitantes extranjeros se estima alrededor del 5 %. Pero las proyecciones de la Confederación Nacional Turística (CNT) para 2010 vaticinan un incremento interanual de 6,7 % en las llegadas de turistas, para alcanzar un total de casi 23 millones de personas. Además, esta organización prevé unos ingresos de 13 320 dólares correspondientes a una subida de 18,4 % en relación al 2009.

La epidemia de gripe AH1N1 no solo asestó un golpe brutal a la industria turística, pero también a la economía mexicana en general, por la disminución de la actividad que provocó. De hecho, según la CEPAL, la influenza deberá ser considerada como responsable de una reducción de 0,7 % del PIB en 2009.

Arrasan el desempleo, el subempleo y el empleo informal

Los mexicanos no han olvidado que Felipe Calderón accedió al escalón más alto del poder en 2006 con la promesa de ser el "presidente del empleo". Sin embargo, desde que se sentó en el sillón presidencial, aunque miles de mexicanos se han incorporado al mercado de trabajo, los índices de desempleo y, no hay que olvidarlo, de subempleo no han hecho más que subir. En 2009, la cifra de nuevos empleos ya no compensó el número de puestos de trabajo perdidos.

En octubre de 2008, la tasa de desempleo se situaba en 4,11 %. Pero, un año más tarde, está en 5,94 %. Esto representa casi un millón más de personas desempleadas respecto al año anterior. Por extraño que parezca, estos resultados fueron acogidos con una notable satisfacción y cierta alegría en el seno del gobierno. Fue porque el desempleo no alcanzó los niveles dramáticos que se temían e incluso registró un ligero descenso a partir de octubre 2009 en relación a los meses anteriores, clara señal de recuperación según las autoridades mexicanas.

Pero según los investigadores del Centro de Modelística y pronósticos Económicos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el balance neto del empleo no va a mejorar el año próximo: estiman que la tasa de desocupación subirá al 6,15 % en 2010. En opinión de la OCDE, este índice alcanzará el 6,5 % a mediados de 2010 y el 6 % en 2011, en todo caso más alto que antes de la crisis. Pero aún así, México sigue siendo el país dónde se registra el desempleo más bajo de la OCDE. Eso se debe parcialmente al hecho de que se mide exclusivamente el nivel de desocupación urbana.

La crisis no se tradujo exclusivamente por un alza del desempleo, si no, sobre todo, por un empeoramiento de las condiciones de empleo. Miles de trabajadores buscaron una salida en el subempleo o el empleo informal, alternativas muy frecuentes al desempleo y no contabilizadas como tal. Así como hubo un millón más de desempleados en 2009 comparado con el año anterior, hubo un millón más de personas subocupadas. Estos trabajadores cuentan con un empleo pero buscan una segunda ocupación o una segunda fuente de ingresos porque su salario no les basta para vivir. Este colectivo alcanzó más de cuatro millones de personas en octubre del 2009, lo que representa el 8,8 % de la población activa.

En cuanto al trabajo informal, entre octubre 2008 y octubre 2009, las afiliaciones a Instituto Mexicano del Seguro Social disminuyeron en medio millón de personas aproximadamente. Esto significa que medio millón de trabajadores perdieron su empleo en el sector formal. El censo económico quinquenal del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), del cual los resultados preliminares fueron presentados a principios de diciembre 2009, refleja una clara degradación del empleo, parcialmente relacionada con la crisis de los últimos meses. El estudio muestra, por ejemplo, que, a lo largo de los últimos cinco años, cuatro de cada diez trabajadores que se incorporaron en el mercado laboral desarrollan su actividad en el sector informal. Esto significa, obviamente, que la economía informal absorbe a la mayoría de los nuevos trabajadores,

una multitud de personas que no tienen acceso a ninguna prestación ni a los servicios públicos de salud. Hoy en día el 28 % de la población económicamente activa trabaja en el sector informal.

El censo del INEGI pone también en evidencia el incremento importante de la subcontratación: el “outsourcing”, una práctica que conlleva bajos salarios y una limitación de los derechos del trabajador, afecta a 14 de cada 100 nuevos contratados. Hace cinco años, esta proporción era de 8,6 empleados por cada 100 de promedio.

A este panorama gris se añade el estancamiento de los salarios. Durante el año 2009, el 34 % de las empresas mexicanas han congelado las remuneraciones de sus empleados. En 2010, los trabajadores deberán lidiar con el alza de impuestos, el aumento de tarifas en los servicios públicos, entre otros el transporte, y la disminución de sus salarios respecto a la inflación. Cuando, en diciembre 2009, la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos, que depende de la Secretaría de Trabajo, anunció el acuerdo entre el gobierno y los empresarios para otorgar un incremento de 4,85 % al salario mínimo en 2010, los sindicatos mexicanos se apresuraron en calificar la decisión de “burla a los trabajadores”. Este aumento se sitúa por debajo de las previsiones de inflación para este año, que oscilan entre 5 y 6 %. El nuevo salario mínimo, cuyo importe varía en función de las zonas geográficas, alcanza una media de 55 pesos diarios (3 euros), 2,65 pesos más que el año pasado. Esta medida no compensa el aumento de los precios de los productos básicos. “Sólo el alza a la tortilla pulveriza el incremento al salario mínimo” titula *La Jornada* en su edición del 21 de diciembre 2009. En efecto, este alimento indispensable en los hogares mexicanos ha subido de precio hasta el 20 % en algunas regiones del país durante 2009. En general, a lo largo de los últimos seis años, los trabajadores que cobran el salario mínimo han visto derrumbarse de 22 % su poder adquisitivo.

Carlos Slim, dueño de la principal compañía mexicana de telecomunicaciones y uno de los hombres más ricos del mundo, exhorta constantemente al gobierno a invertir en el empleo para hacer crecer el PIB, como si sospechará Calderón de haber olvidado su promesa. Hay un caso muy emblemático que erosionó la credibilidad del presidente en su pretendida lucha por el empleo. Cuando en la noche del 10 de octubre 2009, el mandatario ordenó la toma de las instalaciones de Luz y Fuerza del Centro por el ejército y la policía para proceder al desmantelamiento de esta compañía pública de electricidad, echando de golpe a la calle 44 mil electricistas que veían esfumarse su empleo y su fuente de ingresos sin poder hacer nada para remediarlo, más de un ciudadano se preguntó si eso constituye realmente una política a favor del empleo.

Pobreza galopante y endeudamiento de los hogares

La consecuencia más directa de la deterioración del mercado laboral es el aumento alarmante de la pobreza en México. Personas que formaban parte de la nueva clase media caen todos los días en la pobreza, incluso en la pobreza alimentaria. Ocho millones de mexicanos han corrido esta suerte desde que se desencadenó la crisis.

En una medición realizada hasta 2008 pero difundida a finales del 2009, el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL), el organismo encargado de medir la pobreza en México, revela que sólo el 18 % de la población tiene ingresos suficientes para vivir. El resto se reparte entre tres categorías: vulnerabilidad, pobreza moderada y pobreza extrema. En otras palabras, la inmensa mayoría de los mexicanos viven o sobreviven en condiciones precarias. Sobre una población total de 108 millones de habitantes, 36 millones viven con menos de 1920 pesos mensuales (100 euros) y 11 millones viven con menos de 830 pesos al mes (40 euros).

La pobreza no solo consiste en una falta de ingresos económicos, Por eso, la CONEVAL, subraya que 69 millones de personas no tienen acceso a la seguridad social y 43 millones no tienen derecho a los servicios públicos de salud y que, si existiera una cobertura universal en estas materias, se podrían reducir considerablemente los índices de pobreza.

Lógicamente, la población empobrecida recurre a todo tipo de métodos para mantenerse a flote. Los hogares se endeudan a través de las tarjetas de crédito, por ejemplo. En los diez primeros meses de 2009, tres millones de usuarios mexicanos de tarjetas de crédito dejaron de pagar a los bancos. Y las casas de empeño han vuelto a ser, como antaño, un medio habitual de préstamo. Estas instituciones calcularon que una de cada cuatro familias mexicanas utilizó en 2009 la vía del empeño para obtener dinero.

Un país hundido en sus problemas estructurales

Sacudida, la economía mexicana exhibe uno por uno sus frentes vulnerables. Dependiente como es México de sus exportaciones y de las divisas extranjeras, muchos economistas consideran que no hay alternativa a un crecimiento impulsado por el mercado externo. Es una forma de llamar la atención sobre la ausencia de un motor económico interno.

Los datos del INEGI indican que la actividad industrial estuvo disminuyendo al ritmo de 5 % el mes en los últimos tiempos. La industria manufacturera se desplomó, la construcción cayó en picado a pesar de la mayor inversión en obras públicas, y el rubro de transportes y comunicaciones registró resultados ligeramente mejores, pero sin escapar a la merma generalizada de la actividad. Pero nada de eso es nuevo: el sector industrial mexicano sufre desde el 2006 por la desaceleración, seguida de la recesión, en Estados Unidos. Además, la baja inversión, tanto pública como privada, en Investigación y Desarrollo (I+D) es un factor frecuentemente señalado como un lastre para la industria mexicana y la economía en general. México destina 0,5 % de su PIB al gasto en ciencia y tecnología, mientras Brasil le dedica casi el doble y el promedio de los países de la OCDE se eleva al 2,3 %.

Por otro lado, la estrecha capacidad de recaudación tributaria es otro de los defectos atávicos que acarrea el sistema económico mexicano. Los ingresos fiscales representan 34 % del PIB en Brasil, mientras que, en México, se quedan en un modesto 21 %, la proporción recaudatoria más baja de la OCDE y de las más bajas de Latinoamérica. “La exigua carga tributaria dificultó la aplicación de medidas fiscales significativas” señala la CEPAL en su informe anual sobre el estado de la economía en América Latina y el Caribe. El Congreso mexicano aprobó una reforma fiscal presentada por el gobierno y que entrará en vigor a partir del 2010. Este paquete fiscal es muy criticado: incluye un incremento de 15 a 16 % del Impuesto al Valor Agregado (IVA), un impuesto especial a las telecomunicaciones, un aumento del gravamen a las bebidas alcohólicas y al tabaco, además de un alza de 28 a 30 % del Impuesto sobre la Renta (ISR).

Personalidades del mundo de los negocios y de la política han acusado al gobierno de querer, a través de esta reforma fiscal, hacer pagar la factura de la crisis a la población y a los pobres. En un análisis hecho público recientemente, los expertos de la consultora Deloitte explicaron que el aumento de impuestos provocaría una disminución de 5 % de los ingresos netos de las familias. Mientras tanto, se reprocha a las autoridades mantener un sistema de privilegios y excepciones fiscales que beneficia exclusivamente a las empresas privadas, en vez de expandir la base de contribuyentes y diversificar los ingresos fiscales para que no sean tan dependientes de la producción petrolera. Las opiniones convergen hacia una misma conclusión: México necesita un cambio sustancial y profundo de su modelo fiscal.

Un efecto destacado de la crisis que ha destapado otra vulnerabilidad de la economía mexicana ha sido la caída del peso (MXN). Solamente en 2008, la moneda nacional perdió alrededor del 40 % de su valor respecto al dólar, y siguió cayendo un 9 % entre enero y octubre 2009. Con el encarecimiento del dólar y el consecuente aumento del costo de las importaciones, se ejerce una presión al alza sobre los precios. En el 2008, el precio de algunos alimentos subió hasta un 43 %. Pero en 2009, la inflación fue menor a la esperada: en noviembre, el incremento de los precios al consumidor se situó en 0,52 % y la inflación general anual alcanzó 3,86 %, el nivel más bajo registrado en los últimos 21 meses. Aún así, la disminución del poder adquisitivo de la gente se

mantendrá: hay una expectativa de repunte inflacionario a partir de enero 2010, a causa de las nuevas disposiciones tributarias.

Frente a estos múltiples choques, el mercado interno no encontró forma de reponerse. El consumo se vio muy afectado por la degradación del empleo. Y el aumento de los impuestos se traducirá forzosamente en una merma de la demanda interna. Los organismos financieros internacionales recomiendan regularmente a las autoridades mexicanas reactivar el crédito para fomentar el consumo a través de herramientas públicas. Pero, cuando en Brasil la banca pública representa 35 % del sector bancario, en México apenas llega al 5 %.

Todos estos indicadores económicos reflejan una cruel realidad: un millón de personas perdieron su empleo y ocho millones engrosaron las filas de los pobres en México desde que se abatió la crisis sobre el país. Estos golpes infligidos en el día a día de la gente explican, tal vez, por qué la percepción que tiene la población sobre el curso de la economía es tan sombría. Un sondeo realizado en septiembre 2009 por la consultora TNS Research Internacional muestra que 70 % de los mexicanos piensa que "México va en la dirección equivocada".² Esta proporción ha aumentado considerablemente desde enero del mismo año, cuando se realizó la primera versión de este estudio: en aquel momento, 53 % de la población consideraba que el país estaba mal encaminado desde el punto de vista económico.

Recuperación lenta

¿Se superó o no la crisis en México? Actualmente, esta cuestión suscita un intenso debate. Lo único que se sabe, es que un horizonte esperanzador se dibuja a medida que se registran mejoras del otro lado de la frontera Norte. Decir que la economía mexicana evoluciona en estrecha dependencia con la de Estados Unidos es quedarse corto: la situación de México depende totalmente de lo que ahí pueda ocurrir. Así lo han querido las autoridades mexicanas, que no han buscado una estrategia alternativa a esta dependencia.

En el capítulo de las medidas gubernamentales puestas en marcha para salvar al país del naufrago, hay que subrayar que se ha hecho muy poco más allá de los habituales planes de inversión en obras e infraestructuras públicas y de algunas medidas de apoyo a las empresas para evitar los despidos. Por otro lado, el incremento de 26 % en gasto social aprobado en el presupuesto 2009 no ha permitido frenar la expansión de la pobreza.

En una primera etapa, la recuperación no será ni siquiera visible: el crecimiento previsto para 2010 no compensará ni la mitad de lo que se perdió en el 2009. Los expertos calculan que habrá que esperar uno o dos años más para recuperar el nivel de actividad anterior a la crisis económica. Algunos fijan la meta a 2011, otros hablan del 2012.

Pero, al margen del debate macroeconómico, a los mexicanos les ha tocado vivir peor por culpa de la crisis. El desempleo, el costo cada vez más exorbitante de la canasta básica, la disminución de los salarios netos y la caída de las remesas se mezclan para formar un cóctel explosivo. Según los sindicatos, existe actualmente en México un riesgo de inestabilidad social.

"Vivir Mejor" es el eslogan del gobierno de Felipe Calderón, el que se repite en todos los actos protocolarios, el que se estampa en todos los documentos oficiales, en todas las campañas gubernamentales. Pero los mexicanos todavía no le han encontrado sentido a esta máxima.

² *El Universal*, 9 de diciembre 2009.